

## BALAITUS POR LA CARA SURESTE

POR AVELINO S. DE ISASÍA

Estábamos entrando en la estación de Miranda. Hacía mucho calor aquel 3 de agosto de 1959. Los rayos abrasadores del sol de la una del mediodía caían como plomo derretido sobre los numerosos viajeros que abarrotaban y se apiñaban en los bordes del andén.

Iba asomado a la ventanilla tratando de localizar entre la masa de público a mis amigos.

Había salido solo de Vitoria, esperando reunirme en Miranda con Luis Antón Ormaechea y Chomin Gómez.

A lo lejos vi destacarse, entre los pardos colores de la multitud, los detonantes rojos y verdes del gorro de Luis Antón.

Les llamé a gritos. Me vieron y agitaron los brazos saludándome.

Poco después entraban en el departamento.

Partió el tren.

Estábamos ilusionados con nuestros proyectos: Crestas del Diablo de Sur a Norte, Crestas Le Bondidier y Balaitus por la cara sureste.

Es precisamente esta última escalada del Balaitus la que me ha inducido a escribir este artículo. Pues siendo esa montaña una de las cimas pirenaicas de más renombre entre los montañeros vascos, he creído interesante dar a conocer algunos detalles de la vía citada, ya que no encerrando grandes problemas su superación, me parece perfectamente asequible para todo montañero que haya realizado algún cursillo de escalada o en su defecto posea cierta práctica en la roca.

La vía de la cara sureste fué abierta el 15 de septiembre de 1946 por los guías franceses Augerot y Ollivier acompañados de los montañeros, también de la nación limitrofe, Anouil y Favre. Los cuatro modificaron en forma más directa e interesante la escalada realizada en el año 1923 por la cordada Cadier-Mabille.

La dificultad está señalada como bastante difícil.

Al día siguiente de haber llegado al refugio de Piedrafita realizamos la travesía de las CRESTAS DEL DIABLO. No estimo oportuno abundar en su relato, puesto que nuestra revista PYRENAICA ya ha publicado en dos ocasiones su descripción. Tan sólo añadiré, que en la dirección que nosotros las atravesamos, la máxima dificultad está en el tridente norte. Del SOULANO bajamos, sin evitar su arista norte, hasta la brecha denominada DEMEURE SOULE y de aquí alcanzamos los neveros.

El segundo día lo dedicamos a las crestas de LE BONDIDIER que finalizan en la FRONDIELLA más elevada. Es una travesía bastante difícil y entretenida, en ella se alternan los tramos aéreos con zonas por donde se camina con la cuerda recogida en anillos. Se suceden las trepadas en cortos descensos y se cambia en repetidas ocasiones, la roca segura por la fragmentada.

Otro día más y nos concedimos el bonito y pacífico paseo a la Gran Facha.

Serían las seis de la tarde de ese último día. Nos encontrábamos en el refugio en animada tertulia con montañeros de Zaragoza y de Madrid, cuando entraron tres alaveses: Begoña Martínez, Antonio Eguía y Rufino Pérez.

También tenían la intención de realizar la escalada del BALAITUS por la cara S. E. Así que íbamos a ser dos cordadas en vez de una, las que trepáramos al día siguiente. La vida está formada de casualidades.

A las siete de la mañana nos encontrábamos en la base de la pared.

Se comienza aproximadamente en el centro de su mitad izquierda, justo donde existen una serie de escalones de metro o metro y medio de altitud cada uno.

Grada a grada progresamos en línea recta ascendente unos cuarenta metros. Se superan fácilmente y la roca es estupenda.

Al final de ellos se encuentra una pared lisa y vertical. Entonces, realizamos con holgura una travesía horizontal a la derecha que concluimos al pie de una corta chimenea de siete u ocho metros.

Trepamos la chimenea y nos sentamos en una repisa para dar tiempo a la primera cordada, Eguía, Begoña y Rufino que se alejasen lo suficiente y poder escalar libremente, sin temor a la posible caída de piedras que produjeran.

El tiempo estaba inseguro. Grandes nubes de gris oscuro tapaban el azul del cielo. Del Vignemale se acercaban enormes masas negruzcas que no presagiaban algo bueno, sino todo lo contrario.

Volvimos a realizar otra cómoda travesía horizontal a la derecha, aunque esta vez muy corta y nos situamos bajo una canal o diedro muy abierto de unos treinta y cinco metros de altura y de roca muy insegura.

Nos incorporamos en el diedro unos cinco metros. Se situaron mis compañeros de cordada debajo de un extraplano para protegerse de las piedras y asegurarme con eficacia.

Trepé por el plano izquierdo de la canal sin lograr finalizarla, pues la longitud de la cuerda no era suficiente. Apoyando la mitad de los pies en el filo de una laja cortante, pasé un anillo de cuerda en un pitón afilado. En esa situación bastante precaria aseguré a Ormaechea. Estaba éste, ya muy cerca de mí, cuando al asirse a una roca se desprendió un enorme bloque acompañado de un cortejo de piedras menores.

Me uní bien a la pared, afirmé los pies todo lo que la brevedad de la laja me lo permitió y tensé la cuerda. Gracias a Dios, la agilidad y sangre fría de mi joven compañero, hizo inútiles mis precauciones. Retuvo con los brazos el bloque una fracción de segundo e inclinándose a un lado lo dejó ir.

Vimos caer la piedra, rebotando con estrépito enorme en las paredes del diedro, golpear en una cornisa de la pared, saltar con violencia terrible impropia de su gran masa y hundirse como un proyectil cónico en la lejana blancura del glaciar.

Una vez que Ormaechea, pasado el susto, llegó a mi lado, terminé de su-  
perar el diedro. Salí junto a una gran piedra desde donde aseguré a mis com-  
pañeros.

Reunidos los tres volvimos a sentarnos para que se alejara definitivamente  
la primera cordada. Encendimos unos cigarrillos y en silencio meditativo com-  
templamos el maravilloso conjunto de montañas y nubes. La Gran Facha,  
Punta Aragón, Vignemale, Punta Zarra, Infierno, Monte Perdido... los Pirineos,  
en fin.

Cuántas veces, siendo niños, hemos repetido al cantar la situación de  
nuestra patria: «al norte los Pirineos, que nos separan de Francia».

Los Pirineos, esa inmensa y maravillosa cadena de montañas, de 50 Km.  
de profundidad por cuatrocientos cincuenta de mar a mar.

Los Pirineos, montes, agujas, glaciares, crestas bravías. Toda su soberbia  
belleza a disposición del que sepa comprenderla y amarla.

¡Magníficos Pirineos! Infinito es Dios e infinita es la belleza de sus obras.  
¿Qué es, entonces, el arte del hombre, comparado con las creaciones del Todo-  
poderoso? Insignificancia, una nada. Ni el Escriba del Louvre, ni los Frisos del  
Partenón de Fidias, ni el Atleta de Kalamis, ni la Piedad de Miguel Angel  
—por citar ejemplos de bellas obras humanas— pueden excitar nuestro espíritu  
con la fuerza del supremo arte, la obra que nos ha legado Dios, la Naturaleza.

Somos montañeros, estamos en la montaña, casi asimilados a su pared y  
y en estos momentos de sosegada meditación, cremos que el Montañismo está  
situado en un plano, en un círculo, en un estadio superior al resto del mundo  
del deporte, ya que el Montañismo es mística, es exaltación del espíritu hacia  
Dios y como Fray Luis de Granada en su «Introducción al Símbolo de la Fe», el  
montañero puede buscar la consolidación o recuperación de la fe por el es-  
pectáculo de la Creación. El montañero es el poeta en constante anhelo de  
belleza, el hombre en inquietud de perfección espiritual. Así, en esa búsqueda  
de la felicidad, que no sacia, venimos a la montaña y cuando las nubes im-  
pulsadas por el viento se desgarran en girones entre riscos y agujas y cami-  
namos por las crestas afiladas con las botas todavía húmedas del helero re-  
cién abandonado. Y ahora, cuando con la vista fija, el espíritu tenso, vigilan-  
te el ánimo, el corazón oprimido y las manos aferradas a la cuerda, observa-  
mos los movimientos del compañero querido, que trepa seguro por la pared  
atormentada de la montaña, ¡qué lejos, Dios mío, qué lejos queda la ciudad  
y sus miserias! ¡Qué lejos quedan sus frivolidades estúpidas, sus pasiones sin  
objeto, sus envidias temibles, sus vanidades ridículas, sus bajezas inmundas...  
Aquí, ahora, en la montaña vivimos el mundo del desinterés, de la lealtad. El  
mundo que hace incomprensible el vicio, extraña la traición, aborrece el pe-  
cado, deplora la poca fe.

¡Oh, Señor! ¿Por qué me obligas a descender al valle?

Comenzaron a caer gruesas gotas de agua tibia que estallaban en la caliza  
formando estrellas oscuras y que golpeaban con ruido sordo y amortiguado  
mi anorak.

—¡Eh!, Avelino, vamos a seguir que esto se pone feo —me dijo uno de  
mis amigos.

Cierto, el tiempo empeoraba por momentos. Era preciso seguir adelante,  
tiré la mitad de mi cigarrillo y me puse en pie.

Continuamos en diagonal ascendente dirigiéndonos a la aguja, ya visible, que marca la mitad de la escalada.

Llegué a su horquilla, descendí unos tres o cuatro metros y escalé un pequeño diente situado a la izquierda de aquella. En conjunto este paso es muy aéreo y quizás el más divertido de toda la escalada.

Reunidos los tres me expresó Chomin su deseo de ir de primero. Me pareció su interés perfectamente comprensible y accedí de buen grado. Me coloqué de último. Hicimos otra travesía a la derecha, descendimos un par de metros hasta colocarnos debajo del segundo diedro. Es fácil, no tiene mucha inclinación y la roca es firme, pero su parte superior se halla cerrada por un extraplomo muy pronunciado. Es preciso, entonces, abandonarlo y salir en paso un poco delicado por su borde izquierdo, seguir por una llambria hasta situarse, unos metros a la izquierda del techo, bajo una placa algo abombada por el centro y con presas redondeadas.

Vi a Chomín superarlas con soltura y agilidad.

Asegurado desde arriba vencí esta última dificultad sin inquietudes.

Presentíamos la cima. La claridad por encima de nuestras cabezas era mayor, el viento, ya más fuerte, revolvió nuestros cabellos y la temperatura parecía ser más baja.

La verticalidad disminuía convirtiéndose en un plano moderadamente inclinado. Unas llambrias fáciles y la cumbre. Vinimos a salir a unos veinte metros a la izquierda del pluviómetro, vertiente de Piedrafita.

Al escribir nuestros nombres en el cuaderno registro, vimos con alegría los nombres de Lusarreta y San Martín, que acaban de escalar el Balaitús por la arista N. W. precediéndonos en unos días. Es muy grato en esas alturas leer los nombres de personas conocidas, es casi como haber cruzado con ellas un saludo de amistad.

Aunque el cielo estaba muy oscuro y de vez en cuando la niebla nos envolvía, no daba la sensación de tormenta inmediata y además la lluvia había cesado, así que, nos sentamos tranquilamente y descansamos mientras contemplábamos el ir y venir, el subir y bajar de las nubes, que tan pronto nos permitían ver como nos ocultaban los afilados relieves de las Crestas del Diablo y de Costerillou.

Unidos los seis y ya desencordados, descendimos a los lagos de Arriel. Una vez rebasados los pulcros ibones pequeños pasamos junto a los grandes, convertidos en horrendos almacenes de kilowatios. ¡Pobres lagos!, destrozados, aplebeyados, ensuciados, bordeados de escombros, de maderos carcomidos y de ruinas de casetas.

Después seguimos un camino muy cómodo y al desembocar en el valle del Aguas Limpias vimos la erguida aguja de la Forotata, centinela de Sallent y a nuestros pies, unos trescientos metros más abajo el estupendo Paso del Oso.

Al día siguiente volveríamos a pasar por él, pero entonces por abajo, por el camino de Sallent, principio del fin de nuestra excursión.